

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIV

Septiembre de 1947

Núm. 267

Puntos de vista

De regreso

EN estos días, próximos a la fecha en que se celebra el aniversario de nuestra independencia política, han regresado al seno de nuestra tierra los restos mortales de dos mujeres ilustres: Doña Isabel Riquelme y su hija doña Rosa Rodríguez, madre y hermana del prócer máximo de la patria chilena, don Bernardo O'Higgins. El acto ha dado motivo a hermosas manifestaciones de confraternidad entre dos pueblos que nacieron a la vida independiente, por obra y gracia del esfuerzo y de la decisión inquebrantable de O'Higgins y San Martín, cuando crearon casi por milagro de voluntad la Escuadra Libertadora, que llevó a las tierras del legendario Tahuantinsuyo, los ejércitos que habían de luchar con los gloriosos tercios de la España de Carlos V, en cuyos dominios ya el sol comenzaba a ponerse.

Los hombres y los acontecimientos tienen su época en el destino de los pueblos y fué así como el glorioso O'Higgins, que todo lo había dado por servir a su patria, hubo de abandonarla un día, empujado por el aluvión de las pasiones desencadenadas. No entraremos a analizar en estas líneas las causas que dieron motivo y provocaron el destierro de don Bernardo. Cumplía él, de este modo, un destino histórico, como lo cumplieron San Martín y Bolívar y como lo cumplió Miranda, en cuyo cerebro ardía la llama de la inquietud y en ansia irrefrenable de arriesgar vida y honor en los campos de batalla a fin de alcanzar el supremo ideal de la libertad.

Y cuando don Bernardo partió al exilio, fueron esas dos mujeres ilustres las que le acompañaron, las que le ayudaron a mitigar la pena del trance amargo de la partida. No fué a un suelo extranjero, don Bernardo, no fué a una tierra donde nadie comprendería su tragedia y su altivo dolor de ciudadano, sino que llegó a otro rincón del gran solar de América, en donde se le recibió con todos los honores que merecía su alta alcurnia. No era la suya, la alcurnia cimentada en los títulos que ostentó el Virrey, su padre, sino en los que él había conquistado en los campos de batalla y en las tareas de hombre de Estado, en las cuales demostró una capacidad, que tal vez no han igualado en ese aspecto otros hombres de su tiempo.

Allá en Montalván, en la hacienda que le regalaran los peruanos, vivió O'Higgins en compañía de su madre y de su hermana. Y allí en la tierra del Inca reposaron en su sueño eterno los tres proscritos: que desde el día de la partida no volvieron a ver el paisaje de sus días de infancia, la tierra chilena, que amaron como un sueño que se aleja en cada hora de ansiedad, para no alcanzarla nunca. Pero estas mujeres chilenas que endulzaron la vida del prócer, y alimentaron junto a él la esperanza de volver a contemplar los luminosos amaneceres de las tierras de Bío-Bío y de Ñuble, no habían muerto del todo. Porque junto a los despojos físicos de ellas, estaba el recuerdo respetuoso de dos pueblos que vieron nacer la libertad, en aquéllos en que ellas eran seres vivos en los cuales latía un corazón apasionado, que vibró intensamente con todas las alternativas de la lucha emancipadora.

El Gobierno del Perú ha enviado sus despojos cubiertos con la bandera de esa nación hermana. Y en actos emocionantes se ha podido palpar en forma efectiva, que no son los rencores, que no son los odios absurdos e incontrolados los que prevalecen en el espíritu de los pueblos sino el sentimiento hondo y permanente, de su destino común, de su raíz histórica, de su marcha hacia el porvenir, por el mismo camino de la fraternidad y de la comprensión. Es el verdadero camino que al amparo de la paz y de

una amistad leal, puede hacer grandes y fuertes a las naciones. Y esencialmente a dos naciones que tienen un mismo origen racial, un mismo idioma e idénticas características de convivencia.

Doña Isabel Riquelme y doña Rcsa O'Higgins, como ella orgullosamente se llamó, demostrando la adoración que sentía por su ilustre hermano, han prestado un nuevo servicio, a estos dos pueblos, que ellas amaron tanto como los amó don Bernardo, han provocado un vínculo más de acercamiento entre el Perú y Chile. De nuevo como en aquellos tiempos en que el pueblo gritaba jubiloso: ¡Viva Chile y el Perú! las banderas de ambas naciones han ondeado bajo el cielo de América una junto a la otra. Y los aviones militares del Perú, han cruzado los cielos de Chile, trayendo a dos de sus hijas predilectas. Traían el recuerdo de ellas. Con sus despojos venía tierra de la patria del Inca. Allá doña Isabel y doña Rosa durmieron cien años. Pero sus espíritus reclamaban que se cumpliera el sueño que alimentaron toda su vida. O sea volver al solar patrio. Estar de nuevo los tres juntos, aquí donde fueron felices, donde amaron y sufrieron.

El sueño se ha cumplido. Y ahora que han llegado, ahora que están de nuevo entre nosotros, ha venido también junto con ellas, una ráfaga de claridad fraterna, de comprensión americanista. Y ella se ha pactado sin papeles, sin sellos oficiales, sin fechas ni firmas, en el latido del corazón, cuando se han abrazado chilenos y peruanos junto al recuerdo de doña Isabel y doña Rosa.